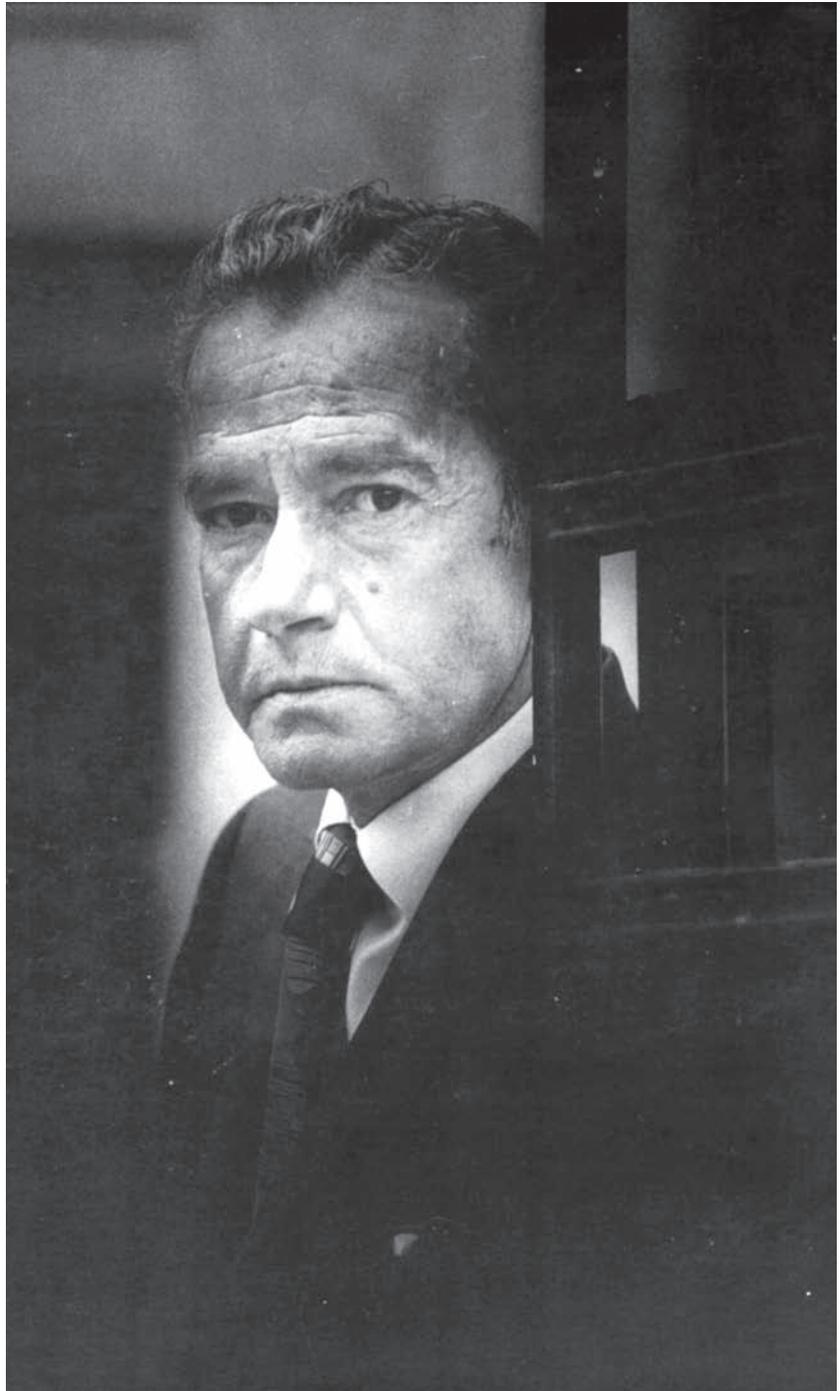


## Rulfo visto y pintado por Rodón

Era un hombre de gran sencillez y humanidad, con una ausencia total de arrogancia. Desde el primer momento posó para mí con la mayor naturalidad, tal vez porque conocía el trabajo que había hecho con el retrato de Borges. Pero yo nunca le pregunté lo que tanta gente, sobre cuándo iba a escribir de nuevo, que en mi opinión era un tema que le angustiaba profundamente. Hablamos, mientras pintaba, de música clásica, especialmente de la época barroca. Le encantaba Vivaldi, cuyas composiciones escuchábamos juntos durante largas horas de trabajo. Nuestra relación surgió de una forma cómoda y creo que se debió precisamente a que nunca le hablé de sus obras. Odiaba a la gente insensible que le tocaba ese tema. A pesar de su aparente angustia existencial, provocada por la conciencia de su responsabilidad como escritor ante la sociedad, y de su natural carácter introvertido, causado tal vez por las enfermedades psicológicas que sufrió, Rulfo me pareció tener entonces una gran paz interior.

A veces, dando rienda a sus pensamientos más íntimos, me preguntaba: "Rodón, ¿a dónde van las palomas cuando se mueren? ¿Has





visto una paloma muerta alguna vez? Yo no he visto ninguna".

Escogí óleos negros, grises y ocre porque desde el comienzo adiviné la personalidad de Rulfo como si fuese un documental en blanco y negro, dentro de una sobriedad que perspiraba por su cuerpo y que se traducía hasta en el sencillo modelo de automóvil que tenía, un volkswagen modelo brasilia, de color azul.

Francisco  
Rodón

Publicado en la revista *Camaleón*, núm. 5. Colectivo sobre cuestiones visuales. Edición limitada. Yucatán, 1991.